

piraba satisfecho creyéndose libre de la obsesión, cuando paró nuestro carruaje á la puerta de su casa.....

Las últimas palabras que escribió Rivera al fin de sus notas, fueron estas:

“¡Adiós, Juana! ¡Adiós, Leonor! Os he amado con todo el corazón. Perdonad mi defección y nunca maldigáis mi memoria.”

VI

MOLOCH.

Momentos después que nuestro coche se detuvo á la puerta de la casa, bajó Jaime envuelto en una larga capa, abrió la puerta con sigilo y tomó asiento á nuestro lado. Al darme la mano, le sentí calenturiento. Adiviné lo que pasaba por él, y, no sabiendo qué decirle, guardé silencio.

Era de noche todavía. En las calles solitarias de la ciudad hacía el rodar de nuestro vehículo un ruido estrepitoso, y sentíase á nuestro paso la trepidación del pavimento y de los edificios como si temblase la tierra. Aun ardían las luces de gas de los faroles, y los guardianes del orden, incrustados en los marcos de las puertas y levantado el cuello de los

capotes, dormitaban en pie rendidos por la fatiga.

Interminable me pareció aquella marcha fantástica á través de la obscuridad. Pronto salimos de las calles, y siguió rodando el carruaje por la calzada de la Reforma. Se me figuraba que íbamos á un largo viaje, y pensé en asaltos de bandidos, encuentros con pronunciados, y otras peripecias y contratiempos propios de la época. En el fondo, me hubiera regocijado sobremanera cualquier accidente que nos hubiese detenido.

—¿Qué tal noche?—pregunté á Jaime maquinalmente.

—Pésima, repuso con sequedad.

No me atreví á pedirle explicaciones. Demasiado comprendía la razón de lo que me decía.

No volvimos á articular palabra hasta que llegamos á Chapultepec. Dimos orden al cochero de que torciese á la izquierda, fuera del bosque, y á poco mandamos que parase el vehículo. Habíamos llegado al sitio convenido.

Mal efecto nos hizo ver entre la sombra dos carruajes á poca distancia: Zermeno, sus testigos y el cirujano nos habían ganado la delantera.

Al salir del coche, puso Rivera en mis manos con la mayor reserva un pliego cerrado.

—Son notas que acabo de escribir, me dijo al oído. Las lee usted, y si le parece, las pone en manos de Juana.

Le temblaba la voz. No me atreví á replicarle. Hubiera podido decirle que no llegaría el caso de que cumpliera su encargo, pues dentro de poco volvería á su casa sano y salvo; pero un no sé qué me lo impidió, y me limité á estrecharle la diestra con efusión.

Emprendimos á pie la marcha á campo traviesa, hasta llegar á una plazoleta rodeada de árboles. Comenzaba á sonreír la luz en aquellos momentos, encendiendo en el oriente sus misteriosos fanales. Una penumbra melancólica permitía percibir los objetos, pero indistintos y confusos como si un velo sutil los envolviese. Ocultos aún los colores de las cosas, mirábase todo en derredor medio dibujado por una claridad indecisa y recortado por una obscuridad persistente; blanco y negro: todo fúnebre, como si nos circundase un mundo de sombras. Comenzaban á resonar apenas los ruidos de la mañana. Los pájaros se despertaban unos á otros lanzando de nido á nido y de rama á rama breves píos, que aun no eran gorjeos; y las auras matutinas, que parecían haber dormido entre las frondas, empezaban á columpiarlas con blando vaivén.

Pronto descubrimos el grupo de los

contrarios casi perdido entre la arboleda, y fuimos á su encuentro.

Una vez cambiados los saludos de cortesía, dimos principio á los preparativos del lance. Convenido de antemano que la distancia á que se habían de colocar los combatientes sería de veinticuatro pasos, la medimos, después de localizar la línea procurando que la luz del día naciente no hiriese el rostro de ninguno de los adversarios. La línea, quedó, pues, establecida de Sur á Norte.

Tanto nosotros como los padrinos de Zermeño, llevábamos sendas cajas de pistolas. Hubo alguna vacilación para elegir una ú otra; pero pronto se resolvió la dificultad.

—Se hará uso primeramente de las de ustedes, nos dijo el coronel Jiménez con exquisita urbanidad. En caso de hacerse segundos disparos, serán empleadas las nuestras; y así continuaremos alternando las unas con las otras si fuere necesario.

Sacadas las armas de su caja, cogiéronlas los oficiales y las examinaron con atención, haciendo funcionar varias veces sus muelles.

—Nada tenemos que objetar, prosiguió el coronel, son armas finas y de excelente calidad. ¿Son de usted? me preguntó.

—Sí, señor, repuse, á sus órdenes.

—Muy bien empleadas, continuó. ¿Las compró usted en México?

—No, señor, las hice venir de París.

—Así lo comprendí desde luego, porque aquí no las hay de esa clase. Mire usted las mías; son americanas. En cuanto á ser buenas, lo son; pero no tan finas y bien acabadas como las de usted.

En efecto, notábase diferencia en la forma de unas y otras, apareciendo menos esbeltas y graciosas las del coronel.

—¿Quién carga las armas?

—Nosotros las de ustedes, repuso el comandante Castellanos, y ustedes las de nosotros.

—Como ustedes gusten, repuse con aparente indiferencia; pero me parecería natural lo contrario, esto es, que nosotros cargásemos las nuestras y ustedes las suyas.

—No hay inconveniente, intervino el coronel. Tal vez sepamos hacerlo mejor unos y otros con las armas conocidas.

Dimos principio á la faena formando grupo con los militares. Me encargué de poner pólvora á las pistolas; Madrigal tomó por su cuenta la introducción de las balas. Cogí la medida metálica y fingí llenarla cuidadosamente con el polvorin; pero en realidad la dejé muy escasa, más abajo de la mitad de su altura, lo que me fué fácil, por lo temprano de la hora. En

seguida Madrigal introdujo los proyectiles golpeando las banquetas con el mazo de madera; y aplicó la ceba y los fulminantes á las chimeneas. Y todo quedó listo para comenzar el combate.

No obstante, fué preciso aguardar un poco, porque no había luz suficiente todavía. Recuerdo que durante aquel intervalo, me afligió sin descanso la dolorosa incertidumbre de los sucesos inminentes, y que el tiempo me pareció largo, muy largo. Ni siquiera me daba cuenta de si deseaba que pasase pronto ó lentamente.

Entretanto, manteníanse separados entre sí los antagonistas. Rivera estaba inmóvil, recargado en el tronco de un árbol, como si fuese una estatua; Zerméño paseaba nerviosamente por el otro lado de la glorieta.

El alba fué creciendo en el horizonte, y reforzada por ráfagas más brillantes, tornóse más y más clara, hasta que aparecieron en los términos lejanos reflejos dorados y rojos semejantes á los de un horno que comenzase á caldearse. Como dardos flamígeros partían de la lontananza los primeros rayos del sol; volaban por el espacio con ricos reflejos y comenzaban á prenderse temblando, en la techumbre del palacio de Chapultepec, y en las rocas abruptas de la histórica montaña.

Una breve conferencia bastó para que

resolviéramos era llegado el momento de que se llevase á efecto el encuentro.

Madrigal y yo nos dirigimos á Rivera y pusimos el arma en sus manos. En voz baja, díjole:

—Madrigal y yo hemos cargado las pistolas.

Se reanimó al oír mis palabras, y avanzó con paso resuelto al sitio que debía ocupar.

Los adversarios quedaron frente á frente con las armas empuñadas. Recuerdo que Jaime daba la espalda á Chapultepec. A pesar de mi turbación, no pude abstenirme de admirar la hermosura del paisaje. Detrás de Jaime y sobre la arboleda próxima, columbrábase la pesada masa del bosque de ahuehuetes; más arriba erguía el cerro del Chapulín, como mágica peana preparada por la naturaleza al soñado alcázar erigido en su cima. El duelo en el centro de cuadro tan bello, despertaba un elevado interés dramático, realzado por el escenario. El pincel de un maestro hubiera tomado motivo de aquella escena para pintar un cuadro patético.

El coronel Jiménez, encargado de marcar los tiempos, dió la primera palmada. Un sudor frío corrió por todos mis miembros: Sonó la segunda; y en el acto, según lo acordado, escucháronse dos detonaciones. Los combatientes permanecieron fir-

mes en su sitio. Estaban ilesos. Nos precipitamos Madrigal y yo á nuestro amigo y le estrechamos la mano. Le hallamos lívido y frío, pero con la sonrisa en los labios. Aquel primer éxito había levantado su espíritu.

—Ahora nos toca á nosotros, dijo el comandante Castellanos, llamándonos á su lado. Esta vez se hará uso de nuestras pistolas, y nosotros las cargaremos.

Nada tuvimos que objetar, pues era lo convenido; pero nos sentimos consternados.

—Cosa rara, articuló el coronel, si no me preciara de conocedor en achaque de armas, diría que las pistolas de ustedes fuesen malas. Acaso hayan tenido una carga muy débil. Apenas se han oído los truenos, y hasta apostaría que, si nos pusiésemos á buscar las balas, las halláramos entre la hierba, á medio camino. Pero ahora no sucederá así. Conozco estas pistolas: son poderosas, segurísimas, y están bien apuntadas.

—A lo que vinimos, vinimos, continuó el comandante con gesto feroz; es preciso que no queden en ridículo nuestros ahijados... ni nosotros.

—Sería la primera vez que me sucediese, interrumpió el coronel. Cábeme la gloria de que hasta hoy no he intervenido en ningún lance ridículo. Todos han tenido "resultado."

Y se consagraron él y Castellanos á cargar las armas con gran esmero y atención. Llenaron hasta ponerlas rebosantes las medidas de la pólvora y golpearon bien las baquetas para hundir las balas hasta el fondo de los cañones. Aquellos golpes metálicos repercutían en mi cerebro como si sobre él fuesen descargados.

Por instinto, me volví á Jaime. Estaba como petrificado. La percepción de lo que estaba pasando le había trastornado; comprendió sin duda que los preparativos que se hacían, eran decisivos. Los golpes que á mí tanto me impresionaron, deben haber sonado en sus oídos como martillazos descargados sobre su caja mortuoria.

Volví los ojos á Zermeño. El también estaba pálido y convulso; pero en el fondo de su emoción, mirábase brillar un orgullo satánico, una resolución inquebrantable y feroz. Su cuerpo diminuto y enclenque, su rostro huesoso, su color pajizo, se me figuraron rodeados de un halo fosforescente.

Por más que lo reflexiono, no alcanzo á explicarme todavía cómo pudo Jaime, sin doblegarse, recibir las impresiones de aquellos momentos. Imagínome que en aquella sazón agolpáronse á su espíritu el temor de la muerte, el recuerdo de la ado-

rada familia, el sentimiento de su ingratitud, y la previsión del abandono de los suyos; todo rápido, candente, giratorio, como torbellino de sombra y fuego. ¿Cómo no dió voces diciendo que estaba pronto á explicar las palabras que Zermeño había juzgado ofensivas? Sus facciones crispadas revelaban la lucha del momento crítico é irreparable. Por mi parte, hacía votos en el fondo de mi corazón porque estallasen aquellos labios rebeldes y pronunciasen las palabras de paz, que hubieran vuelto la felicidad á tantos seres.

Tampoco me explico cómo pudo su razón sufrir sin flaquear, tantos y tan rudos golpes como se descargaron sobre ella. Lógico me hubiera parecido ver aparecer en aquel semblante trastornado, la mirada magnética del loco, y oír salir de aquella boca contraída, la carcajada estridente, la risa histérica que forma la música de los manicomios.

¿Por qué prodigio de soberbia, por qué maravilla de amor propio logró Jaime dominar su instinto de salvación enmudeciendo, ó mantener hasta el fin las riendas de la razón que se le escapaban?

De todo punto lo ignoro; sólo sé que continuó terco hasta el fin, aunque atenuado por aquellos martirios, y que cuando recogió de mi mano la segunda pistola, empuñóla con crispados dedos y me miró con ojos vidriados.

Bien lo recuerdo. En aquel momento solemne, un rayo de sol tamizado por el ramaje, se posó sobre su frente amarillenta. Su cuerpo elevado y robusto encorvándose como si fuera á desplomarse; triste y enjuto me pareció su rostro amplio, franco y regocijado; y la rubicundez de su cutis siempre congestionada, habíase tornado palidez cadavérica, color de agonia y de cementerio.

¡Pobre amigo! No le perdí de vista; me fascinaba su aspecto atormentado.

Vile al sonar la primera palmada levantar la diestra con movimiento de autómeta. A la segunda, alcancé á descubrir en su rostro una contracción desesperada, á la vez que sonaron unísonos los disparos potentes y retumbantes como de cañones Armstrong. Encendiéronse dos llamaradas; produjéronse dos nubes pesilentes, y en medio de la humareda ví á Jaime caer de golpe.

Me precipité á él presa de una angustia suprema. Yacía sobre el costado izquierdo, con la cabeza clavada en el musgo y empuñando todavía en la diestra crispada el arma humeante. Agitábanse espasmódicamente sus piernas, y con los pies golpeaba pausadamente la hierba.

Tenía roto el cráneo. Me di cuenta de ello confusamente.

Ví sangre, un mar de sangre, un agujero

ro rojo y negruzco en la frente, substancia blanquecina manando del occipucio. una fisonomía desencajada, una nariz adelgazada y ciáfana, unos ojos empañados, unos párpados convulsos, una boca que se abría y se cerraba y una sombra plomiza y terrosa que pasaba solemnemente sobre aquel conjunto.

El cirujeno se arrodilló, levantó para examinarla aquella cabeza destrozada, y volvió á dejarla caer con gesto desalentado. En ese momento cesó de moverse aquel organismo, y entró en la absoluta quietud de las cosas inanimadas.

VII

EPILOGO

Calló Eustaquio de improviso. No hizo un comentario más á la narración ni me refirió lo que había hecho después de aquella escena terrible, ni lo que hubiese sido de la familia del duelista después del fallecimiento de Rivera. No tuvo fuerzas sin duda para contarme su propia consternación, ni el absoluto desampa-

ro de Juana y de Leonor, ni los antros por donde anduvieron rodando largos años ni la horrible miseria de hambre, frío y desnudez que debe haberles seguido por todas partes. Los recuerdos del sangriento drama que acababa de evocar, le habían como anonadado; tal vez remordimientos tardíos le acongojaban por haber contribuido primero á aquella desgracia, y por no haber socorrido después tanta miseria.

Yo también callé con el corazón lacera-
do por la compasión. Aquel relato había
hecho surgir en mi espíritu imágenes des-
garradoras, y me abismé en la dolorosa
contemplación del cuadro de aquella mí-
sera viudez y de aquella tétrica orfandad,
tristísimo corolario de la inmolación de
Rivera.

De pronto rompió el silencio una voz
de mujer

—¡Champaña! gritaba, ¡quiero más
champaña!

—Vamos, repuso una voz varonil, has
bebido demasiado, no seas necia.

—¡Quiero emborracharme! prosiguió la
mujer.

Siguieron después algunas palabrotas
pronunciadas por ambas partes, y luego
grandes voces femeninas que resonaron
por todo el salón.

—¡Champaña, mozo! ¡Otra botella de
champaña!

—Vámonos, dijo Eustaquio, tan lívido
como un difunto; esa voz me crispa los
nervios. Vámonos.

En aquellos momentos dió las tres de
la mañana el reloj del despacho. Salimos
precipitadamente, como prófugos.

Los gritos y las risotadas de Leonor,
nos siguieron hasta la puerta del café.

Cuando llegamos á la calle, tiritábamos
Alcázar y yo, no sé si por la emoción ó
por el vientecillo fresco de la noche.

